

Mc 16,1-8

¡Resucitó, no está aquí!

Anoche resonó en todos los templos del orbe el grito: "¡Cristo resucitó! ¡Alleluia!". La resurrección de Cristo es el hecho que acredita el ministerio y la Persona de Jesús; es el hecho que fundamenta nuestra fe, de manera que San Pablo es categórico en afirmar: "Si Cristo no resucitó, vana es vuestra fe" (1Cor 15,17).

El domingo pasado la liturgia nos refería dos episodios de la última semana de Jesús que, ocurridos a distancia de pocos días -cinco días-, nos resulta difícil compaginarlos: uno es la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén aclamado por la multitud que gritaba: "¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Bendito el Reino que viene de nuestro padre David!" (Mc 11,9-10); y el otro nos muestra a esa misma multitud pidiendo su muerte a gritos: "Crucifícalo" (Mc 15,13.14). ¿Cómo se explica este cambio? Y no sólo eso: ¿Cómo se explica que una multitud de judíos, gente sencilla y desarmada, aclame como rey a Jesús que entra a Jerusalén manso y montado en un burro, y no tema las huestes del Imperio Romano, que no admitía ni en broma amenazas a su poder?

La gente había visto a Jesús hacer milagros: dar la vista a los ciegos, soltar la lengua de los mudos, hacer caminar a un paralítico; habían visto a Jesús nutrir a una multitud en el desierto y, allí mismo, entusiasmados, ya habían querido hacerlo rey; sus discípulos lo habían visto calmar la tormenta en el lago con una sola palabra. ¿Quién había hecho jamás cosas semejantes? Jesús había demostrado poseer un poder irresistible. En efecto, los judíos en diversas ocasiones quisieron detenerlo, pero nunca nadie se había atrevido a tocarlo. Cuando en su pueblo de Nazaret lo arrastraron fuera del pueblo para despeñarlo por un precipicio, no pudieron hacerlo porque Jesús, "pasando por el medio de ellos, se marchó" (Lc 4,30). Los que aclamaban a Jesús a su entrada en Jerusalén pensaban que ahora él venía a un encuentro frontal con el poder extranjero de Roma. Confiaban en que Jesús iba a aventarlos y a liberar a Israel. Por eso lo aclamaban como rey. De esta misma opinión participaban los doce apóstoles y pretendían los puestos a su derecha y a su izquierda en su Reino.

Los judíos tenían en su historia hechos en que fundarse. En el libro 2Reyes leían que el rey Ocozías había mandado un destacamento de cincuenta hombres a decir al profeta Elías: "Hombre de Dios, el rey manda que bajes". Pero el profeta replicó: "Si soy hombre de Dios, que baje fuego del cielo y te devore a ti y a tus cincuenta" (2Re 1,9-10). Bajó fuego del cielo y los devoró; y lo mismo ocurrió con un segundo destacamento que fue enviado con la

misma misión. Jesús había demostrado ser mayor que Elías. ¿No podía él hacer cosas mayores?

Pero cuando llegó el momento en que vinieron con espadas y palos a detener a Jesús, cuando habría sido el momento de manifestar su fuerza, él no opuso ninguna resistencia; sólo observó: "Todos los días estaba junto a vosotros enseñando en el templo, y no me detuvisteis. Pero es para que se cumplan las Escrituras" (Mc 14,49). En el IV Evangelio se deja en evidencia que Jesús habría podido hacer uso de su poder: "Cuando Jesús les dijo: 'Yo soy', retrocedieron y cayeron a tierra" (Jn 18,6). Pero él se dejó detener y llevar a la muerte mansamente; el profeta Isaías había dicho: "como una oveja al matadero" (Is 53,7). Cuando Pedro, en cumplimiento de su promesa de ir con él hasta la muerte, quiso resistir con la espada, Jesús le dice: "Vuelve la espada a la vaina. El cáliz que me ha dado el Padre, ¿no lo voy a beber?" (Jn 18,11). Para beber el cáliz de su Padre, Jesús fue víctima de maltrato, ofensas y burlas: "Algunos se pusieron a escupirlo, le cubrían la cabeza y le daban bofetadas... y los criados lo recibieron a golpes" (Mc 14,65). Esto es lo que produjo en la multitud desilusión e ira: los había hecho "hacer el ridículo" aclamando como rey a uno que se dejaría tratar así sin resistir nada. Por eso, gritan: "Crucifícalo".

Y hasta sus mismos doce discípulos se avergüenzan de él y lo abandonan. Jesús lo había predicho: "Todos os escandalizaréis de mí" (Mc 14,27). Pedro lo niega tres veces, no por miedo, sino por vergüenza, por falta de fe; también esto había sido predicho por Jesús (cf. Mc 14,30). La irritación de los judíos se expresa claramente ante la cruz de Jesús: "Los que pasaban por allí lo insultaban, meneando la cabeza y diciendo: '¡Eh, tú... salvate a ti mismo bajando de la cruz!... A otros salvó y a sí mismo no puede salvarse. ¡El Cristo, el Rey de Israel!, que baje ahora de la cruz, para que lo veamos y creamos'" (Mc 15,29-32). Si Jesús en ese momento hubiera bajado de la cruz, habría hecho una demostración de ese poder que ellos habían esperado. Incluso, después que murió algunos todavía habían esperado que hiciera algo. Así lo dicen los discípulos de Emaús, expresando el sentir popular: "Nosotros esperábamos que sería él quien iba a librar a Israel; pero, con todas estas cosas, llevamos ya tres días desde que esto pasó" (Lc 24,21). Estos, que habían sido discípulos de Jesús, todavía esperaban que Jesús hiciera algo el primero y segundo día después de su muerte. Pero después de tres días, ya habían perdido la esperanza.

Ahora podemos comprender mejor qué significó la resurrección de Jesucristo para sus discípulos que lo vieron vivo después de haberlo visto muerto en la cruz y para todos los que creerían en su testimonio. El Evangelio de hoy nos transcribe el mensaje que el joven vestido de blanco mandó a los discípulos de Jesús: "Id a decir a sus discí-

pulos y a Pedro que irá delante de vosotros a Galilea; allí lo veréis como os dijo". Los discípulos fueron a Galilea y allí vieron a Jesús vivo.

Jesús no resistió a los que lo detuvieron y a los que lo maltrataron y llevaron a la muerte; no bajó de la cruz antes de morir en ella; pero hizo algo infinitamente mayor: ¡Resucitó de entre los muertos! Es decir, él venció no sólo a los hombres, para establecer un reino en esta tierra, sino que venció a la muerte. Si él hubiera cedido a la expectativa del pueblo judío ahora tendríamos un rey más de Israel, pero no podríamos enfrentar serenamente a la muerte y decirle: "¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? La muerte ha sido devorada en la victoria" (1Cor 15,54-55).

+ Felipe Bacarreza Rodríguez  
Obispo Auxiliar de Concepción